



Ningún "boom". Enriquez considera que la seguidilla de premios a autoras argentinas es bienvenida, pero los "booms" son construcciones del marketing o del periodismo. (GENTILEZA CLARÍN)

“Nunca practiqué ningún rito ni creo en lo sobrenatural”

Literatura

Mariana Enriquez ganó el premio Herralde de Novela con “Nuestra parte de noche”, un folletín de más de 600 páginas en el que une argentinidad y satanismo.

Javier Mattio
jmattio@lavozdelinterior.com.ar

Personalidad de una época marcada por la revisión exhaustiva del terror y los géneros, Mariana Enriquez da un paso más allá en su singular rumbo personal con una novela inesperada de oportuna legitimación. Con el premio Herralde de Novela como impulso, **Nuestra parte de noche** asume la arriesgada tarea de llevar los exitosos cuentos de **Las cosas que perdimos en el fuego** (2016) y **Los peligros de fumar en la cama** (2009) al gran volumen folletinesco: el resultado

es un trance realista-fantástico en el que los ejes del trabajo de la escritora –el costumbrismo minimalista, el horror social, la contracultura anglosajona, la crónica periodística, la afición lectora– encuentran nuevo aliento en una extensión infrecuente de más de 600 páginas. Punk-rock de ambiciones sinfónicas, la novela se pasea por distintos lugares y épocas en base a una pulsión pura (de miedo, emoción, narración), dando como resultado un fresco de argentinidad y obsesiones macabras en el que el desconuelo de lo pútrido se equilibra con una fogosa autenticidad.

En primer plano están Juan y Gaspar, padre e hijo enredados en un siniestro ciclo de herencia y destino: el primero, un médium con trágicas dotes vampíricas, debe proteger al chico de poderes nacientes de la familia aristocrática misionera a la que responden

por adopción. El clan forma parte de la Orden, una secta de raíces inglesas fanatizada con contactar con la fuerza sobrenatural bautizada la Oscuridad y el Otro Lado, donde anidaría el secreto de la inmortalidad. La huida de Juan y Gaspar desata un mosaico en seis partes en el que Enriquez vuelca un imaginario al límite de la estridencia: casas embrujadas, ritos pagano-folklóricos, desaparecidos de dictadura, niños que mueren (y vuelven), decadentismo urbano, errantes glam-esotéricos (con David Bowie incluido) y una reconstrucción de La Plata de fines de la década de 1980, en plena eclosión funesta de hiperinflación y virus del Sida –donde Enriquez vivió de joven y además evoca en el reciente **Ese verano a oscuras** (Páginas de Espuma), con ilustraciones de Helia Toledo.

¿Cómo se construyó **Nuestra parte de noche**? ¿Cuál fue el

punto de partida? “Cuando escribo casi nunca surge primero la idea o el eje, mi proceso suele ser desde los personajes –responde Enriquez por mail, reconociéndose abrumada por el raid de entrevistas, notas de tapa y viajes que la incluyen–. Aparecen ellos, y cuando interactúan o según la relación que establezcan entre ellos y con su entorno entiendo qué historia están contando. Juan y Gaspar son consecuencia de la lectura de **La carretera** de Cormac McCarthy, una novela estilísticamente muy diferente –y de ambiente también– pero que se pregunta sobre lo filial, sobre criar a un hijo en un mundo terrible. A partir de ahí, la pareja de Juan y Gaspar también es una pregunta sobre la herencia: familiar, política, histórica. No tengo ninguna idea de destino. En todo caso la novela es una pregunta sobre si el destino puede torcerse o no”.

–Tu pasado familiar está ligado al litoral, donde sucede una parte del libro. ¿En qué medida el viaje en auto del comienzo obedeció a una travesía real?

–Aunque viví mi infancia en Lanús, parte de mi familia paterna es de Corrientes, Misiones y Paraguay, y de chica (y de grande también) los visité. Tengo recuerdos familiares y de infancia no muy distintos a los de cualquier otra persona, supongo, aunque sí había una fascinación por la mitología de la zona. De chica estaba bastante obsesionada con el tema y lo mantengo hasta hoy como un interés importante. El *road trip* no es real, como no es real casi nada del libro. Alguna vez debí haber viajado en auto por el litoral pero sinceramente no recuerdo detalles, y en todo caso ninguno está en la novela.

–El texto salta a una época en

La Plata de la que fuiste testigo. ¿Por qué escribir sobre ella? ¿Puede leerse la novela como una biografía cifrada?

—No, no es una biografía encapsulada. Tomo escenas y situaciones que conozco por mi experiencia, como cualquier escritor. No sé, la represión por la ley federal de educación en los '90 es real y estuve en varias de esas protestas, pero el impulso de usar ese hecho en la novela no es autobiográfico ni autoficcional, sino sencillamente describir algo que conozco. Muchas de las situaciones de bohemia en La Plata son ficcionales: los recitales de poesía, por ejemplo: nunca fui a ninguno en los '90 en La Plata, no sé si existían. El centro cultural adonde Gaspar y sus amigos van es una invención, las marchas del orgullo gay también, la galería de arte no existe y no recuerdo que hubiese alguna en la época. La verdad es que la mayoría de mis situaciones reales biográficas de La Plata no están en la novela. Ese verano a oscuras tiene elementos más cercanos a lo biográfico, pero distorsionados. El crimen del libro, por ejemplo, se inspira en el femicidio de Liliana Tallarico. Yo tenía una amiga que vivía en el edificio vecino al suyo. Pero lo demás es ficción y el crimen está asimismo distorsionado. Crecer en los '80 y '90 fue hacerlo en una era de crisis y desencanto que, creo, marcó mi personalidad y en definitiva mi ficción.

Novela larga

—Realismo y fantástico coexisten en tu trabajo como fuerzas interdependientes y contrastantes. ¿Hasta qué punto pueden convivir cotidianidad y magia? ¿Creés en lo sobrenatural? ¿Has practicado algún rito?

—Es que hay una diferencia: lo realista y lo fantástico son una combinación de géneros-estilos por otra parte bastante habitual en la ficción actual (Stephen King lo hace mejor que nadie, por poner un ejemplo), pero magia y cotidianidad pertenecen al orden de la vida real. No sé si se necesitan a sí mismas o no, porque nunca practiqué ningún rito ni creo en lo sobrenatural.

—¿Es “Nuestra parte de noche” un caso atípico o vas hacia la monumentalidad? ¿Escribirla obedeció a algún tipo de decisión tajante? ¿Requirió un sacrificio?

—No sé hacia dónde voy en términos literarios, no tuve ni tengo un plan. Sí es cierto que tomé la decisión de escribir una novela larga porque quería vivir la experiencia de inmersión y obsesión que implica el proceso, los años de convivir con un mundo, sus habitantes, sus cambios. No me dedico exclusivamente a escribir y no tomé esa decisión, sigo trabajando como editora y como docente. Para mí la literatura nunca implica un sacrificio.

—¿Cómo creés que el formato de novela larga movilizó tu escritura en comparación con los cuentos? ¿Cuál es tu prototipo de novela extensa?

—No tengo prototipo de novela larga, siempre estuvo presente y es una forma que eligen los escritores de vez en cuando. Tengo un tipo de novela larga “favorita”,

“CUANDO YO ESCRIBO CASI NUNCA SURGE PRIMERO LA IDEA O EL EJE. MI PROCESO SUELE SER DESDE LOS PERSONAJES”.

“TOMÉ LA DECISIÓN DE ESCRIBIR UNA NOVELA LARGA PORQUE QUERÍA VIVIR LA EXPERIENCIA DE INMERSIÓN QUE IMPLICA EL PROCESO”.

digamos, la modernista: la de Joyce, Woolf, Faulkner, Bulgakov. No son mis modelos porque no puedo escribir así, pero las disfruto mucho.

—“Nuestra parte de noche” trata la inmortalidad, que hoy la tecnología ha vuelto a poner en boga. ¿Creés que es posible o recomendable ser inmortal?

—No que sea posible. Sí recomendable, siempre y cuando exista el suicidio.

Estilo y amistad

—A propósito del Herralde y de otros premios simultáneos, se habló de un “boom” de escritoras argentinas. ¿Estás de acuerdo con la apreciación?

—No, creo que los “booms” son siempre construcciones de *marketing* o del periodismo que agrupan fenómenos reales y los titulan (está bien, es el trabajo que deben hacer, pero es una construcción). Lo que sucede y sucedió es que hubo y hay un reconocimiento a escritoras argentinas que se expresó a través de premios en este último tiempo, lo que me parece grato y bienvenido para nosotras. Creo que es muy obvio que las mujeres tenemos más visibilidad en el mundo literario y nos ganamos ese espacio. Veo puntos en común entre algunas: yo me siento cerca de Leila Guerriero y María Gainza, no desde el estilo, sino desde la amistad. Eso es importante: todas nos llevamos bien, incluso las que apenas nos conocemos.

—Has seguido a Suede en conciertos y has expresado tu fanatismo por su reciente renacimiento, y “Nuestra parte de noche” cita a artistas como Bowie. ¿Cuál es el vínculo entre glam rock y terror? ¿Saldrá algún texto sobre Suede?

—No hay vínculos directos entre el glam y el terror: lo que quería que estuviese es la androginia un poco relacionada con el ocultismo y con una zona del rock cercana a lo *queer* que suele quedar tapada, especialmente en la Argentina, por un rock muy, muy masculino. No creo que salga nada sobre Suede: irlos a ver fue un impulso de puro placer y de fan. Me gustaría escribir sobre la banda algún día, pero es un proyecto que por ahora está entre mis fantasías.